

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (Mt 5,7)

Si algo quedó claro en la **Bv** anterior es que la vida “hay que darla”, hay que cambiar la “vectorialidad”, hay que dejar de “mirarse el ombligo” si no queremos terminar “hartos” y sin “sentido” en la vida. Sin embargo queda pendiente un problema: ¿desde dónde hay que darla?, o esto da igual ... Esto es lo que va a plantear esta **Bv**.

Por otro lado, después de las anteriores, ésta parece no tener mucha “garra” y no aportar nada nuevo. Frente al bienaventurados los “pobres”, los que “tienen hambre y sed”, los que “lloran”, ésta parece más “tontona”. ¡Este día Jesús no estuvo inspirado! No todos los días está uno en forma...

Más aún, la palabra misericordia tiene connotaciones negativas en nuestra experiencia, no tiene especial “cartel”. En efecto, si la recompensa que plantea es que si soy misericordioso, van a tener misericordia “de mí”, seguramente no me hace mucho gracia. Más de una vez habremos dicho o pensado ‘tú no tienes por qué compadecerte de mí’ y nos ofende percibir esa actitud compasiva de parte de los que nos rodean, a no ser que nuestra situación psicológica dé mucho que desear...

Pero si analizamos la palabra, la cosa se complica, pues vemos que está compuesta de miseria-corazón: tener compasión (corazón) hacia la miseria. Es decir, relaciona miseria y corazón, o dicho de otra forma, el que “tengan misericordia de mí” supone que tengo “miseria”.

Pues bien, si ayer veíamos que la vida tiene sentido en la medida en que la damos, y que la ganamos en la medida en que nos arriesgamos a perderla, sirviendo a los demás; hoy nos vamos a plantear la cuestión del ‘desde dónde servimos’, viendo desde dónde Jesús sirvió.

Y para entender mejor el alcance de esta **Bv**, vamos a ver qué significado tiene la palabra Misericordia para un judío, pues Jesús lo era, y en qué contextos sale en el **AT**. Para ello traeremos tres citas, a partir de las cuales posiblemente empecemos a percibir el calado de esta **Bv**.

Ex 22, 21: “No maltratarás al forastero ni le oprimirás, pues forasteros fuisteis vosotros en el país de Egipto”. La norma desentona con la mentalidad de Israel que se siente el pueblo elegido, y los demás, los *gentiles*, no les preocupa. Sin embargo aparece desde el principio en su legislación esta preocupación por el *forastero* que vive dentro del pueblo elegido, y la razón es que el propio Israel fue forastero *en el país de Egipto*.

Un poco después, en el mismo Éxodo, se repite la misma norma: **Ex 23, 9:** “No oprimas al forastero; ya sabéis lo que es ser forastero, porque forasteros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto”. Es igual que la anterior, pero con otra formulación. En este caso remite a la “experiencia” que Israel tiene de su paso como extranjero por Egipto: “ya sabéis lo que es ser forastero”. En una palabra, exige esto porque pueden “hacerse cargo” de lo que es ser “inmigrante”. Es decir, puedo compadecerme, puedo tener *misericordia*, en la medida en que he experimentado la *miseria*, o dicho al revés, **no puedo tener misericordia si no he experimentado la miseria**. “Si no hubieses sido forastero no entenderías qué sentido lo que te

pido”.

Por último, otro texto: **Dt 15, 12-15**: “*Si tu hermano hebreo hombre o mujer, se vende a ti, te servirá durante seis años y al séptimo le dejaras libre. Al dejarle libre no le mandarás con las manos vacías; le harás algún presente de tu ganado menor, de tu era y de tu lagar, le darás según como te haya bendecido Yahvé, tu Dios. Recordarás que tú fuiste esclavo en el país de Egipto y que Yahvé tu Dios, te rescató: por eso, te mando esto hoy*”. Como si dijese, “si no, no te lo podría mandar, no sabrías a qué viene”.

Es decir, para entender qué es ser misericordioso, tengo que haber experimentado la miseria. De no ser así, está de más la palabra, no se me puede pedir que tenga **miseri-cordia**. Hay que pasar por la **miseria** y reconocerla para poder tener **corazón** hacia ella. (La segunda encíclica de Juan Pablo II, *Dives in Misericordia*, parte de este concepto bíblico de misericordia y puede dar luz para esta **Bv.**)

Aclarado el sentido bíblico de misericordia, podemos preguntarnos por el problema que aborda esta **Bv.** Como vamos repitiendo, cada tema que tocan apunta a posibilitar objetivamente la fraternidad. Pues bien, el problema de ésta va a ser la **propia imagen**. En efecto, todos tenemos una imagen de nosotros mismos. Nacemos sin ninguna programación y tenemos que hacernos una idea de lo que queremos ser (Freud lo llamará *Superyo*). Esta imagen, necesaria, puede ser más o menos personal, en el sentido de haber asumido la que el ambiente que me rodea me impone o haberla elaborado de forma más individual, pero **sin imagen no podemos vivir**. Cuál sea la tentación inherente a este reto lo veremos después.

PRIMERA PARTE: CÓMO VIVIÓ JESÚS ESTA BIENAVENTURANZA Y QUÉ DIJO SOBRE LA PROPIA IMAGEN.:

Para enmarcar los textos que siguen conviene recordar **Flp 2, 5-11**: “*Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo: el cual, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo, y le concedió el “Nombre-sobre-todo-nombre”; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble -en el cielo, en la tierra, en el abismo-, y toda lengua proclame: ‘Jesucristo es Señor’, para gloria de Dios Padre.*”

Esta es la presentación que nos hace de Jesús este himno bautismal que Pablo recoge en su carta a los de Filipo. El *despojarse de su rango*, -la *kénosis* griega: el vaciarse- es clave para poder plantearnos esta **Bv** en Jesús. Sólo desde este despojo hasta llegar a ser “*uno de tantos*”, “*un hombre cualquiera*” podemos plantearnos **cómo vivió Jesús la miseria** para poder ser **misericordioso**. ¿Experimentó Jesús la miseria humana? ¿Desde dónde dio su vida? ¿Pudo “hacerse cargo” de nuestra situación? ¿Qué papel jugó la propia imagen en todo esto?

1.- Cómo vivió Jesús la miseria.

Vamos pues, a ver desde dónde sirvió Jesús, y si estuvo bien hacerlo desde donde lo hizo; o hubiera estado mejor que se “ubicara” de otra forma, que hubiese dado otra “imagen”.

Jesús, ¿se sintió él mismo miserable? Ya hemos visto antes que en la Oración del Huerto llegó a estar ‘por los suelos’. Pero vamos a constatar cómo fue por la vida, o lo que es lo mismo, **desde dónde** quiso vivir, porque todos estamos “situados”, y qué consecuencias tuvo esto.

Y empecemos por recordar una cita que ya vimos en la 1ª Bv, **Jn 1, 45-51**: es la escena del encuentro de Natanael con Jesús. Aquel hombre, al que Jesús define como *un israelita de verdad*, comenta al enterarse que el tal Mesías que acababan de encontrar era de Nazaret: “¿De Nazaret puede haber cosa buena?”. Ya comentamos el alcance de esta respuesta: Jesús se crió, de hecho, en un lugar “sospechoso”, y este origen le acompañará a lo largo de la Historia. La respuesta de Felipe ante la extrañeza de Natanael fue: “*Ven y lo verás*”. Vamos nosotros a hacer lo mismo.

Y empecemos por la primera aparición en público de Jesús. En efecto, según los Sinópticos, Jesús aparece en lo que llamamos su “vida pública”, ‘**haciendo cola**’. Y no una “cola” cualquiera. Veamos lo que nos cuenta Mateo: **Mt 3, 11-17**: Juan está proclamando en el desierto de Judea: “*convertíos, porque el Reino de los Cielos está cerca*”; y a él acudían de todas partes, “*y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados*”. Juan, por otro lado advierte: “*Yo bautizo con agua para conversión; pero aquel que viene detrás de mí, es más fuerte que yo, y no merezco llevarle las sandalias. Él os bautizará en Espíritu Santo y en Fuego...*” Las expectativas no pueden ser mayores.

Pues bien en este contexto aparece Jesús en escena: “*Entonces aparece Jesús, que viene de Galilea al Jordán donde Juan, para ser bautizado por él*”. Es decir “se pone a la cola”. Aquél que tiene alguna influencia, no guarda cola, “se cuele”, “entra por la puerta de atrás”. El que no pinta nada tiene que “pedir la vez”, y “darla” al que llega después. ¡Y esta cola es de pecadores! Es decir, cualquiera podría decir después, “éste me pidió a mí la vez cuando fui a bautizarme”...

Pero el primero que se sorprendió, y con razón, fue Juan, pues era tirarle por tierra todo lo que estaba anunciando: “*Pero Juan trataba de impedirselo diciendo: ‘Soy yo el que necesita ser bautizado por ti, ¿y tu vienes a mí?’ Respondió Jesús: ‘Déjame ahora, pues conviene que así cumplamos toda justicia’*. Entonces le dejó.

Bautizado Jesús, salió luego del agua; y en esto se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba en forma de paloma y venía sobre él. Y una voz que venía de los cielos decía: ‘Este es mi Hijo amado, en quien me complazco’”.

La escena no puede ser más iluminadora, de cara a lo que buscamos. La manera de presentarse en público no puede ser más contraproducente, empezando por el que estaba “abriéndole camino”: “*soy yo el que necesita ser bautizado por ti...*”. Sin embargo, esta forma “chocante” de empezar su misión es avalada por el *Espíritu de Dios*. En este caso podemos decir, con todas las de la ley, que es una valoración “sobrenatural”: que nos sobrepasa, que nada tiene que ver con nosotros... ¿De verdad? Pasemos a la carta a los Hebreos y encontraremos una apreciación desde “nosotros”.

En efecto, en esta carta se recoge una reflexión de la primera comunidad cristiana sobre Jesús, que parece valorar este ir por la vida desde abajo. Volvamos a recoger el final de una cita a la que acudimos en la 3ª Bv: **Heb 2, 17-18**: “*Por eso tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser misericordioso y Sumo Sacerdote fiel en lo que toca a Dios, en orden*

a expiar los pecados del pueblo. Pues, habiendo sido probado en el sufrimiento, puede ayudar a los que se ven probados”. Es decir, para hacerse cargo de nuestra debilidad, tuvo que asumirla; si no, no hubiese podido tener **misericordia**, como explicamos al principio.

La misma carta, un poco después, expresa mejor lo mismo. **Heb 4, 15-16**: “Pues no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado. Acercuémonos, por tanto, al trono de gracia, a fin de alcanzar misericordia y hallar gracia para ser socorridos en el tiempo oportuno”. Al santón, al que se las da de “perfecto”, al que todo le ha salido bien, no nos acercamos confiadamente, antes nos sentimos humillados ante él. Pero a Jesús podemos acercarnos porque sabe de humillaciones y de pruebas. Sabemos que Jesús experimentó la tentación, se sintió despreciado (¡un nazareno!), estuvo hundido... Todo esto le posibilita poder ser misericordioso, y saber que vamos a alcanzar *gracia*, y no una “reprimenda”.

Pero en las citas que acabamos de traer se dice una frase que puede de nuevo abrir un abismo entre la experiencia de Jesús y la nuestra: “excepto en el pecado”. Pues bien, vayamos a S. Pablo. En **2 Cor 5, 21** se nos dice: “A quien no conoció pecado, (Dios) le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él”. Es decir, Pablo afirma que de alguna manera Jesús experimentó nuestra condición pecadora. Como veremos, de hecho fue tomado por tal y condenado por blasfemo.

Después de todo lo dicho, podemos caer en la cuenta hasta qué punto es verdad que **lo más bajo es lo más universal**; pero ahora hay que añadir algo importante: **y lo más accesible**. Esto es lo que la **5ª Bv** va a desentrañarnos. Pero volvamos al **Ev** que debe ser la fuente de nuestras búsquedas.

La escena del Bautismo es tan llamativa que difícilmente podemos poner en duda que quiso ponerse a la “cola”. Pero vamos a constatar hasta qué punto esto no fue un acto “simbólico”, a los que somos tan aficionados, sino una postura permanente a lo largo de su vida. En **Mc 10, 17-18** nos encontramos con la siguiente reacción de Jesús frente al saludo del “joven rico”: “Se ponía ya en camino cuando uno corrió a su encuentro y le dijo: ‘Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?’ Jesús le respondió: ‘Nadie es bueno sino solo Dios...’” Es decir, rechaza cualquier calificativo que pueda encumbrarlo; y tampoco era especialmente “honorífico” el apelativo: se aplica a personas sencillas. Pues bien, “bueno” lo remite a *solo Dios*. ¿Qué sentido puede tener esta actitud?

Pasemos a otro texto en el que Jesús expresa la ‘imagen’ que da él mismo y Juan el Bautista a muchos de los que le rodean: **Mt 11, 16-19**: “¿Pero con quién compararé a esta generación? Se parece a los chiquillos que sentados en las plazas, se gritan unos otros diciendo: ‘Os hemos tocado la flauta y no habéis bailado, os hemos entonado endechas y no os habéis lamentado’. Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dijeron: ‘Demonio tiene’. Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: ‘Ahí tenéis a un comilón y un bebedor, amigo de publicanos y pecadores’...”

Es, sin más, la constatación de un hecho al que no parece darle gran importancia: la imagen que uno despierta en los demás. Por otro lado, no parece estar dispuesto a cambiar de comportamiento. Sin embargo, es claro que el hombre juzga a los que le rodean según el refrán: “Dime con quién andas y te diré quien eres”. Pues bien, Jesús trató con gente ‘sospechosa’ (¡y ‘no sospechosa’!), y siguió haciéndolo. Pero tenía claro que para llegar a todos tenía que estar en lo más bajo.

Es interesante comparar esta postura con la nuestra. Nosotros ‘optamos por los pobres’ y los ‘últimos’, pero desde lejos, con ‘mando a distancia’. Jesús anda y convive con ellos, sin preocuparse del ‘escándalo’ o mala fama que las ‘malas compañías’ le puedan dar. Pero veamos qué consecuencias tuvo esta manera de ir por la vida.

En efecto recordemos un pasaje de Lucas muy conocido, pero preguntándonos por qué fue posible. **Lc 7, 36-50**: “ *Un fariseo le rogó que comiera con él; y, entrando en la casa del fariseo, se puso a la mesa. Había en la ciudad una mujer pecadora pública, quien al saber que estaba comiendo en casa del fariseo, tomó un frasco de alabastro con perfumes, y poniéndose detrás, a los pies de él, comenzó a llorar, y con sus lágrimas le mojaba los pies y con los cabellos de su cabeza se los secaba; besaba sus pies y los ungía con el perfume.* ”

Al verlo el fariseo que le había invitado, se decía para sí: ‘Si éste fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que le está tocando, pues es una pecadora’. Jesús le respondió... ” El pasaje es superconocido y no hay por qué transcribirlo completo, sobre todo porque lo que nos interesa en este momento preguntarnos es por qué pudo producirse tal escena.

Supongamos que existiese el “túnel del tiempo” y pudiésemos hacernos contemporáneos de Jesús siendo uno de los que le acompañaban. De repente se acerca a nosotros esta mujer, conocida de todos, y nos dice que quiere hablar con Jesús. Nosotros le contestamos que por supuesto, que la recibirá cuando ella quiera. Pero insiste y nos dice: “Ya sé que me recibe; lo que quiero saber es, si es verdad que hoy va a comer en casa de Simón el fariseo, porque allí lo encontraré”. Nuestra reacción espontánea sería: “Pero mujer, ¿estás loca? ¿No ves que lo vas a poner en un aprieto? ¡Así te va por la vida! Es que no tienes dos dedos de frente. ¡Claro que él te recibirá!; pero ¿no ves que aquel sitio es el más inoportuno?” Sin embargo, aquella mujer estaba segura de que no iba a ser rechazada por Jesús en aquel contexto. Ella sabía que tenía libre acceso a Jesús. Y aquí viene nuestra pregunta: **¿Cómo iría Jesús por la vida para ser accesible a TODOS?** Porque a él accedía tanto el fariseo como la prostituta. **¡El lugar más bajo es el más universal!**

Pero imaginémosnos la siguiente escena para hacernos una idea de lo que allí ocurrió. Supongamos que el rey organiza una cena al cuerpo diplomático. Van llegando los embajadores con sus mejores galas, y también, como es natural, acude el Nuncio. De repente se presenta una mujer provocativa, se va para el Nuncio y, dándole un abrazo, se lo come a besos llorando y hecha polvo. ¿Cuál sería su reacción? Y los medios de comunicación ¿que harían? ¡La noticia del día!... Pues eso es lo que pasó allí, y desde estos niveles de **acogida incondicional** aquella mujer podía acercarse y abrirse a la recuperación.

Y aquí no estaría de más preguntarnos por nuestra ‘opción por los pobres’. Decíamos que Jesús no optó por los pobres, sino que **fue pobre**. En este pasaje podemos captar las consecuencias de esta postura. En esta escena tienen acceso a Jesús, tanto el fariseo (el santón) como la prostituta (la proscrita). El problema no es que yo “opte” por los últimos, sino que nos últimos sepan que pueden acceder a mí sin condiciones.

No nos ha pasado alguna vez estar en un contexto ‘digno’ (con gente importante y culta), y acercarse una persona ‘humilde’ (aunque en ese contexto la percibimos como ‘indigna’), ¿cuál ha sido nuestra reacción? Nos hemos apartado con cara de circunstancias, (sonriente, por supuesto) y le hemos dicho en voz baja: ‘Mira, ahora mismo no puedo, ya lo ves. Mañana ven y te dedico dos horas...’ ¿Qué es lo que el otro ha percibido? “Aquí estorbo,

he metido la pata. Huelo mal. Le da vergüenza de mi...” El problema de la objetividad nos lo jugamos en la realidad, no en nuestra ‘interioridad’. El problema no está en que nosotros ‘optemos en nuestro corazón por los pobres’, sino que quitemos las barreras que nos distancian. Que los pobres tengan real y fácil acceso a nosotros. Como diremos después, que no haya “escalones”.

Cuantas veces uno ha animado a una persona sencilla a que vaya a visitar a alguien de ‘situación elevada’ y te contesta con la mayor naturalidad: ‘¡Y qué pinto yo allí!’. **Objetivamente** no es posible, aunque **subjetivamente** el otro esté dispuesto a recibirlo. No es lo mismo que yo tenga un nivel u otro para hacerme **accesible**, para que al otro no le dé reparo entrar donde estoy. Si tienen que decir ‘con perdón’ para entrar, ¡mal asunto!; porque entonces tengo que ‘dignarme’ bajar a ellos, y decimos/pensamos: “La suerte que has tenido de dar conmigo”... Pues bien, aquella mujer no tuvo ninguno de estos problemas, y no porque Jesús era muy ‘bueno’ (que lo era, aunque no quería que lo llamasen así), sino porque estaba **abajo**. Sólo desde ahí pudo oír: “Tu fe te ha salvado. Vete en paz”. ¡La ‘buena voluntad’ no posibilita la accesibilidad!

Ayer vimos que la vida hay que darla, y la manera de darla era el servicio, pero el problema del servicio es ¿desde donde lo hacemos? Parece ser que **desde arriba no podemos servir**. Aquí podemos recordar las numerosas veces que Jesús prohíbe que publiquen el ‘milagro’ que ha hecho. ¿No sería para poder ser **misericordioso** objetivamente?

Hasta aquí hemos visto cómo se situó Jesús en la vida. Ahora, sin embargo vamos a ver el problema en nosotros. Y para ello vamos a acudir a otro pasaje en el que también es protagonista una mujer. **Jn 8, 3-11**: *“Los escribas y fariseos le llevan una mujer sorprendida en adulterio, la ponen en medio y le dicen: ‘Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. Moisés nos manda en la Ley apedrear a estas mujeres. Tú ¿qué dices?’ Esto lo decían para tentarle, para tener de qué acusarle. Pero Jesús, inclinándose, se puso a escribir con el dedo en la tierra. Pero, como ellos insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: ‘Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra’. E inclinándose de nuevo, escribía en la tierra. Al oír estas palabras, se iban retirando uno tras otro, comenzando por los más viejos; y quedó solo Jesús con la mujer, que estaba delante. Incorporándose Jesús le dijo: ‘Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado? Ella le respondió: ‘Nadie, Señor’. Jesús le dijo: ‘Tampoco yo te condeno. Vete, y en adelante no peques más’”.*

La escena merece la pena seguirla paso a paso, pues no tiene desperdicio. Por lo pronto, los fariseos tenían un conocimiento de Jesús que ya lo quisiéramos en muchos momentos; sabían que Jesús no iba a apedrearla. De ahí la urgencia que traen: tienen testigos, Moisés claramente ordena que se apedreen a tales mujeres, él no lo va a hacer, con lo cual quedaría oficial y públicamente como transgresor de la Ley... Y es que la manera de comportarse Jesús, no era ambigua, y así como la ramera estaba segura de que Jesús no la rechazaría, también los fariseos sabían que no iba a apedrear a esta adúltera.

Pero imaginémonos la escena. Entre los acusadores y la mujer hay una ‘barrera de seguridad’: ‘nosotros no somos adúlteros’ (y posiblemente no lo fueran). Es decir se sentían en un nivel superior’. Y aquí nos encontramos con las reacciones geniales de Jesús: no sólo no les responde, sino que ni los mira y se pone a escribir en la tierra. Aquello era sencillamente una ‘falta de educación’. Ante la insistencia, Jesús se incorpora y consiente con la “ejecución”, pero a condición que lo haga el que esté sin pecado. Ya sabemos el desenlace, pero en realidad

